

Tres guerras (II)

ENRICO TOMASELLI :: 15/10/2025

En dos años, Israel ha librado y perdido tres guerras. Las ha perdido militarmente y políticamente, ya que su situación regional e internacional ha empeorado significativamente

La historia del Estado de Israel es una historia de guerra.

Como todos los colonialismos de asentamiento, en los que la población indígena es expulsada o sustituida por una comunidad de colonos que se instala de forma permanente en el territorio, la guerra es ante todo un acto fundacional.

Sin embargo, a diferencia de otros colonialismos similares (América del Norte y Australia), que pudieron completar la eliminación/sustitución de la población indígena en parte porque no había países vecinos donde estuvieran presentes, Israel se encontraba en un contexto regional en el que estaba rodeado de países con la misma composición étnica que la población original del territorio ocupado.

Por lo tanto, la guerra no solo fue necesaria para el establecimiento del Estado judío, sino que también se convirtió en una necesidad "defensiva", en el sentido de que fue el instrumento a través del cual Israel evitó su "rechazo" como cuerpo extraño del contexto regional.

Hasta la década de 1970, esto significó esencialmente dos guerras, la Guerra de los Seis Días (en 1967) y la Guerra de Yom Kippur (en 1973), libradas contra algunos de los Estados árabes vecinos. Estas guerras también permitieron la ocupación de territorios adicionales, anexándolos al Estado israelí.

Estas dos guerras se entrelazaron con toda la primera fase de la lucha de liberación palestina, la definida como "nacionalismo secular", que incluyó, entre otras cosas, la invasión sionista del Líbano y el asedio de Beirut.

Tras esa fase, el Estado israelí vivió esencialmente unas dos décadas de relativa tranquilidad, sin tener ya necesidades militares particulares con sus vecinos árabes.

Sin embargo, la situación comenzó a cambiar con la Revolución Islámica en Irán (en 1979), que no solo privó a Israel y a EEUU de un importante aliado regional, sino que también sentó las bases para la apertura de la segunda fase del conflicto israelo-palestino.

De hecho, el Irán revolucionario se posicionó desde el principio como un baluarte contra el imperialismo, y EEUU lo enfrentó al Irak baazista de Sadam Husein en una guerra de ocho años, intentando derrocarlo.

Israel, sin embargo, mantuvo una actitud fundamentalmente cautelosa, especialmente hacia aquellos regímenes nacionalistas árabes --primero el Egipto de Nasser, luego el Irak de

Sadam y después la Siria de Hafez Assad-- que consideraba enemigos potenciales.

A partir de la década de 1990, a medida que la revolución se consolidaba en Irán, este país comenzó a ejercer su influencia regional, tanto como potencia antiimperialista y anticolonialista como punto de referencia para las poblaciones chiitas de la región.

Desde principios de la década de 2000, estos dos ejes se han fusionado en el proyecto del Eje de la Resistencia, que el general iraní Qassem Soleimani configuraría y concretaría más tarde, creando una coalición que incluye, obviamente, a Irán, la milicia chií libanesa Hezbolá, el Gobierno yemení, las Fuerzas de Movilización Popular iraquíes, el Gobierno sirio (aunque de forma más discreta) y todos los grupos combatientes palestinos.

Esta nueva fase estratégica planteaba nuevos retos a Israel, ya que el actor que entraba en escena, Irán, al no tener fronteras directas con el Estado judío, estaba protegido de posibles ataques terrestres --como en anteriores guerras contra los árabes-- y, además, al construir una red de grupos políticos y militares no estatales, estaba creando una especie de cordón de amenazas potenciales alrededor de las fronteras de Israel.

Ante esta amenaza, la respuesta de Israel --que no casualmente coincidió con un avance de la derecha fundamentalista-- fue renovar su vocación expansionista.

Esta encontró su clave motivacional e ideológica en la idea mesiánica del Gran Israel, y su razón pragmática en la necesidad de adquirir una mayor profundidad estratégica.

Este es el contexto de la Segunda Guerra del Líbano de 2006, o la "Guerra de Julio", que supondría la primera derrota militar real de las Fuerzas de Defensa de Israel.

El conflicto, que duró solo 34 días, se inició con el objetivo de "eliminar" la amenaza que representaba Hezbolá, destruyendo su potencial militar y obligándolo a retroceder más allá del río Litani, situado a unos 30 kilómetros de la frontera.

Concluyó con una intervención internacional, sancionada por la Resolución 1701 de la ONU, que esencialmente permitió a Israel salir del conflicto con la cabeza medianamente alta, a pesar de haberlo perdido estratégicamente.

De hecho, las FDI fracasaron por completo en la consecución de sus objetivos estratégicos, quedando acorraladas en unos pocos kilómetros y sufriendo grandes pérdidas.

Y fue en esa ocasión cuando se inauguró lo que ahora podemos definir como un formato real, que esencialmente implica dos pasos: el ataque israelí contra un enemigo y, si no se alcanzan los objetivos, la intervención internacional (occidental) para poner fin al conflicto, liberando a Israel de su difícil situación.

Por último, desde el ataque reivindicativo palestino de hace dos años, el debilitamiento del Estado judío se ha acelerado aún más. Durante este periodo, aunque Tel Aviv ha atacado repetidamente a numerosos países de la región, a veces entablando auténticos semiconflictos, esencialmente ha participado en tres guerras reales: contra la resistencia palestina en la Franja de Gaza, de nuevo contra Hezbolá en el Líbano y contra Irán.

La tercera guerra del Líbano, que comenzó en septiembre de 2024 y terminó en noviembre, tendrá primero una fase preliminar, durante la cual Israel lanzó la infame campaña terrorista del buscapersonas (decenas de muertos y miles de heridos), seguida de una serie de asesinatos selectivos, entre ellos el del líder político-militar de Hezbolá, Hassan Nasrallah, y su sucesor, Hashem Safieddine, y finalmente una violenta campaña de bombardeos aéreos sobre Beirut y todo el sur del Líbano.

Sin embargo, una vez más, a pesar de intentar facilitar el éxito decapitando la estructura enemiga, las Fuerzas de Defensa de Israel no lograrían alcanzar sus objetivos estratégicos: la destrucción del potencial militar de Hezbolá y su expulsión más allá del río Litani.

Por el contrario, las fuerzas israelíes tendrían aún menos éxito en penetrar en territorio libanés que en 2006, sufriendo una vez más grandes pérdidas. Esta fue la segunda aplicación del formato visto anteriormente.

En junio del año siguiente, Israel intentó derrocar al Gobierno iraní (Tel Aviv también había establecido contactos con el heredero de la antigua casa gobernante prerrevolucionaria, los Pahlavi).

La "Guerra de los Doce Días", acompañada una vez más de una serie de asesinatos selectivos y de la movilización de una enorme red de infiltrados, no solo no logró sus objetivos estratégicos, sino que resultó ser un auténtico desastre, y Tel Aviv se vio obligada a solicitar con urgencia, a través de EEUU, un alto el fuego.

Esta vez, sin embargo, la dramática naturaleza de la situación ha obligado a una interpretación diferente del formato habitual: en lugar de una mediación pacífica, se han producido ataques mutuos (instalaciones nucleares iraníes y la base estadounidense en Qatar). Los daños sufridos por Israel, aunque ocultos por la censura militar, fueron muy importantes.

Finalmente, parece que se ha alcanzado una tregua en estas horas, poniendo fin a la tercera guerra, la de Gaza, la más larga que ha librado Israel.

Aunque el memorando de entendimiento firmado en El Cairo por los enviados israelíes y palestinos, así como por los mediadores, se titula "Fin definitivo de la guerra de Gaza", nadie cree actualmente en esta promesa; pero sería estupendo que se tratara de una tregua duradera.

Después de todo, es obvio que no puede haber paz hasta que se resuelvan las cuestiones subyacentes del conflicto. Estas cuestiones se reducen en última instancia a una sola cosa: la presencia del asentamiento colonial del Estado judío, fundado sobre el apartheid, el mesianismo religioso y el supremacismo pseudorracial.

Sin embargo, incluso en este caso, estamos asistiendo a la aplicación del conocido formato de rescate. Ciertamente, en esta ocasión, lo que empujó a EEUU a intervenir, obligando al régimen israelí a acatar, fue el hecho de que la acción de Tel Aviv, además de ineficaz, amenazaba directamente los intereses estadounidenses en la región y los intereses presidenciales en EEUU.

Pero está bastante claro que, en cualquier caso, esta "paz disfrazada de tregua" también responde a la necesidad de sacar las castañas del fuego a Israel. A nivel político-diplomático (como dice Trump, "Israel no puede luchar contra el mundo"), pero también a nivel militar, ya que está claro que continuar la campaña, con otra reocupación de la ciudad de Gaza, no habría cambiado el equilibrio de poder sobre el terreno y habría confirmado otra derrota estratégica para Israel.

Y recordemos que una derrota estratégica significa que el esfuerzo bélico no produjo los resultados deseados por los líderes políticos y militares, independientemente de los éxitos individuales logrados en el campo de batalla.

Por lo tanto, podemos afirmar con seguridad que, en dos años, Israel ha librado y perdido tres guerras. Las ha perdido militarmente y las ha perdido políticamente, ya que su situación regional e internacional ha empeorado significativamente.

Es más débil y cada vez más dependiente de la ayuda estadounidense, lo que significa menos autonomía, como hemos visto. Está más aislado, lo que se refleja tanto en la estabilidad social interna como en la economía y las relaciones internacionales.

Y está debilitado militarmente, habiendo perdido también definitivamente su capacidad de disuasión.

Por lo tanto, no sabemos si la situación en la región evolucionará en un futuro próximo ni cómo lo hará; entre otras cosas, siguen existiendo numerosos focos de crisis y tensión, desde el Líbano hasta Siria, desde Yemen hasta Irak y, por supuesto, Irán, una píldora que ni Israel ni EEUU pueden tragar.

Pero una cosa parece clara, y estas tres derrotas lo confirman: como dice David Hearst, director de Middle East Eye,

Israel, como todos los proyectos coloniales de la historia, no ve su propio declive, pero este ya ha comenzado.

Enrico's Substack / observatoriodetrabajad.com

<https://www.lahaine.org/mundo.php/tres-guerras-ii>